

Artículos

Artículos	Página
Editorial: El Precioso Libro de Dios	1
Lectura de la Biblia Diariamente	3
El Libro de Dios	5
Habacuc, pte 2	6
Como Leer la Biblia	7
Caleb; Hombre de Dios	7

El Precioso Libro de Dios

Joel Portman

Vivimos en una época en la que el valor de las Sagradas Escrituras se ha minimizado y relegado al ámbito de los «fanáticos de la Biblia» y los «fanáticos religiosos». No queda más remedio que aceptar como inevitable que una era dominada por el «dios de este siglo» (2 Cor. 4:4) se caracterice así. Su valor e importancia para la civilización occidental y para una vida intrínsecamente moral (si se utiliza correctamente y se aplica de manera personal) no pueden sobreestimarse. Quienes comprenden con inteligencia la historia de nuestra nación y la de toda la civilización occidental saben que detrás de las leyes e instituciones que han sustentado una sociedad ordenada se encuentran las verdades y los principios de la Palabra de Dios.

El Salmo 19 describe dos medios por los que Dios ha elegido (aparte de las revelaciones directas, las teofanías y la encarnación de Su Hijo) manifestarse a los hombres. El primero es universal, ya que Dios ha creado y formado el universo con la gloria de los cielos estrellados y la complejidad de las maravillas de la tierra para mostrar Su gloria. Nosotros, si nuestros ojos están claros, vemos la omnisciencia y la omnipotencia del Divino Creador en todas las bellezas de aquello que se encuentra más allá del alcance de la mayor parte de la humanidad. Y es de todo lógica que todos se inclinen en adoración al discernir sus perfecciones y bellezas.

La última parte de ese salmo describe la belleza y la perfección de la «ley del Señor». El salmista escribe sobre su perfección, su pureza y su poderoso impacto en el alma que cree en ella. Sirve para proteger de las trampas morales y espirituales. Actúa para alimentar el alma, para purificar nuestro camino y para dirigir nuestros pasos. Su valor no puede sobreestimarse, y el «dios» que busca controlar y

manipular a la humanidad en contra de la voluntad de Dios lucha ferozmente para combatir sus influencias beneficiosas.

Este ha sido su objetivo y el carácter de sus actividades desde que introdujo la duda en la mente de Eva en Génesis 3. «¿Acaso ha dicho Dios?» ha sido su mantra desde entonces, y siempre lo será. Y los hombres, debido a su naturaleza caída y rebelde, beben con gusto y en abundancia de ese pozo de agnosticismo e ignorancia, pensando que ahora, por fin, se han liberado de toda restricción y pueden hacer lo que deseen (Génesis 11:6).

No es de extrañar que este mismo «dios» haya estado trabajando activamente para borrar a Dios de Su creación a través de las vanas fantasías de los hombres incrédulos. La teoría de la evolución puede resultar atractiva para aquellos que desean destronar al Creador de Su universo, pero hasta el día de hoy no ha sido demostrada, y cuanto más investigan los científicos su origen y descubren más detalles, más evidente se hace que la existencia de un Creador inteligente es esencial para las interrelaciones de cada parte. Leer libros que tratan sobre el diseño inteligente, aunque posiblemente escritos sin tener en cuenta los hechos de las Escrituras, mueve el corazón a inclinarse con asombro y adoración ante el trono del Creador infinitamente inteligente de todo ello. Lamentablemente, sin embargo, se han introducido suficientes dudas como para que la mayoría de las personas deambulen en la incertidumbre y no reconozcan la mano omnipotente de Dios.

Si este «dios» ha atacado la gloria de la creación, también ha dirigido su insistente oposición a la verdad de las Escrituras. Así ha sido siempre, incluso

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:

Verdadesparanuestrosdias.com

en un pasado lejano y desde el principio, pero sus esfuerzos no han hecho más que aumentar y se han mantenido sin cesar a lo largo de los siglos. Desde las primeras filosofías griegas contra las que lucharon los escritores del Nuevo Testamento en sus epístolas, pasando por la «crítica superior» de la Biblia que la diseccionaba como si fuera solo un escrito antiguo que pudiera tratarse de manera tan informal, hasta la actitud actual de desdén por su importancia en la vida cotidiana, su ataque ha sido implacable. Sin embargo, su martillo, que ha golpeado contra el yunque de las Escrituras, nunca ha borrado eficazmente su importancia ni ha hecho que dejen de existir.

Dado que esto es así, un verdadero creyente en Cristo nunca debe desanimarse ante las burlas de los demás, ni debemos dejar de predicar sus verdades a los perdidos y enseñar sus preceptos a los salvos. Abundan las referencias que nos recuerdan que, después de que el cielo y la tierra pasen, la Palabra de Dios permanecerá (Mt. 24:35). Las opiniones de los hombres surgirán y desaparecerán, cambiarán con el paso del tiempo y, finalmente, serán sustituidas por otras creencias, pero la Palabra de Dios es inmutable y perdurará para siempre. Podemos descansar en ella, podemos edificar sobre ella y podemos regocijarnos en ella al abrazarla y hacerla el hombre de nuestro consejo (Sal. 19:21). Si hacemos esto, seremos capaces de resistir los dardos encendidos del maligno (Ef. 6:16). La fe debe tener un fundamento sólido sobre el que descansar, y solo la verdad inmutable de Dios lo proporcionará.

¿Cómo Debemos Manejar la Palabra de Dios?

Esta edición de «Verdades para nuestro tiempo» tiene como objetivo recopilar algunos escritos de hombres mayores para estimular en nuestros corazones el deseo de usar la Biblia para el propósito para el que fue escrita y hacerlo de manera adecuada.

La primera y principal respuesta debe ser el deseo de leer y meditar en la Palabra de Dios a diario. El «dios de este siglo» ha orientado a la sociedad de tal manera que su complejidad, sus exigencias y sus presiones se combinan para intentar robar a todos los hombres, tanto creyentes como no creyentes, el tiempo y la energía que podrían emplear en leer y estudiar la Palabra de Dios. Muchos creyentes dedican más tiempo a leer libros seculares, revistas de moda, publicaciones especializadas, materiales en línea u otros materiales que a este libro. Incluso la lectura de comentarios o lecturas diarias que han escrito hombres de bien distrae, resta valor y resta tiempo del que debería dedicarse a acudir a la fuente, la Palabra de Dios.

La lectura debe hacerse con reflexión, cuidado y atención a lo que está escrito, y debe, DEBE, ir seguida de la meditación sobre su verdad. Lamentablemente, la mayoría de los creyentes son

como el hombre de Santiago 1:23-25, que leen la Biblia como si se miraran en un espejo. Solo un vistazo rápido, y luego siguen su camino y han olvidado lo que han leído. Si eso es todo lo que es posible, al menos ahí reside el potencial de que algo pueda quedarse grabado en la mente. ¡Pero cuánto se pierde! La meditación es un arte perdido, pero es un hecho que todos aquellos cuyas vidas han contado verdaderamente para Dios mostraron una profundidad espiritual que resultaba de examinar profundamente la Palabra y de haber dedicado tiempo a meditar (reflexionar) sobre ella.

Suponía que conocía mi Biblia, leyéndola a ratos, al azar; Ahora un poco de Juan o Mateo, ahora un fragmento del Génesis. Ciertos capítulos de Isaías, ciertos salmos (el 23) el 12 de Romanos, el primero de Proverbios... Sí, creía que conocía a Palabra; pero descubrí que leerla a fondo era algo diferente, y el camino me resultaba desconocido cuando leí la Biblia de principio a fin.

Tú, a quien te gusta jugar con la Biblia, hojearla y curiosar aquí y allá;

Justo antes de arrodillaros, cansados, y bostezar durante una oración apresurada;

Vosotros, que tratáis la obra maestra de la literatura como a ningún otro libro— solo un párrafo inconexo, solo una mirada burda e impaciente.

Prueba un procedimiento más digno, prueba una visión amplia y firme;

Te arrodillarás con gran éxtasis cuando leas la Biblia de principio a fin.

Amos Wells

Las últimas palabras de Pablo a Timoteo le exhortan a «retener el modelo de las sanas palabras» (2 Tim. 1:13), a «estudiar la palabra» (2:15), a «permanecer en la palabra» (3:14-15) y a «predicar la palabra» (4:2). Esas cuatro exhortaciones se aplican a nosotros hoy en día y nos beneficiaríamos enormemente si les prestáramos atención.

La lectura es importante, pero el tiempo dedicado a la reflexión durante la lectura y después de ella es cuando el Espíritu Santo actúa para grabar sus verdades en nuestras almas. Solo así puede un creyente reforzar su defensa, fortalecer los cimientos sobre los que edificar y añadir flechas a su carcaj para usarlas contra el enemigo.

Lectura Pública

Juan comienza el Apocalipsis con estas palabras: «Bienaventurado el que lee (en voz alta), y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas que en ella están escritas; porque el tiempo está cerca». (Ap. 1:3). En Nehemías 8, leemos que Esdras «leía en el libro de la ley de Dios con claridad, y daba el sentido, y les hacía comprender la lectura». Esas tres condiciones deberían seguir aplicándose hoy en día. La lectura pública de la Palabra debe hacerse

siempre con claridad, con reverencia y con cuidado. Una vez, un hombre se subió al estrado de una reunión y comenzó a leer antes de hablar, pero su lectura era tan deficiente y descuidada que un anciano se levantó en la reunión. Le dijo: «Creemos que la Palabra de Dios debe leerse de manera clara y nítida. Por lo tanto, permítame leer las Sagradas Escrituras por usted». Esto podría repetirse a veces en nuestras reuniones. Algunos hermanos leen las Escrituras tan rápidamente que no logran expresar la reverencia que se le debe tener. Es posible que algunos, especialmente los de más edad, entre el público no puedan entender lo que se está leyendo. ¡No hay que tener prisa al leer las Escrituras! Tómate tu tiempo, ya que lo que lees en la Palabra de Dios es mucho más importante que lo que vas a decir.

Debemos leer lo que sea relevante para el mensaje. Algunos pueden leer extensamente e incluir pasajes que no guardan relación con el mensaje. Eso puede ser provechoso, salvo cuando revela que el orador realmente no tiene un mensaje definido ni un propósito al hablar. Leer demasiado solo sirve para distraer la mente de las personas de lo que se pretende transmitir en el mensaje.

Debemos leer las Escrituras con atención, haciendo hincapié en los pasajes que son más relevantes para lo que se está tratando. El manejo inteligente de la Palabra de Dios es una forma de transmitir su importancia al corazón y a la mente del oyente.

Otros podrían añadir comentarios si también piensan en el valor infinito de la Palabra de Dios. Solo cabe decir que, a medida que envejecemos y maduramos espiritualmente, nuestro aprecio por ella no hace más que aumentar, y su importancia en nuestras vidas se vuelve más personal y preciosa. Ojalá resistamos las presiones de esta «era malvada actual» (Gálatas 1:4) y nos aferremos firmemente a las preciosas verdades que han sido probadas y confirmadas por el tiempo y la experiencia, y que siguen siendo lo más valioso e importante de la vida.

Lectura de la Biblia Diariamente

Por Samuel Ridout

En primer lugar, por su importancia, y sin duda en la práctica de la mayoría del pueblo de Dios, situamos la lectura diaria y regular de las Escrituras, desde Génesis hasta Apocalipsis, de forma repetida y a lo largo de toda la vida. A menudo, hombres con gran conocimiento de diferentes partes de las Escrituras,

quizá bastante familiarizados con las lenguas originales, muestran la mayor ignorancia de los simples hechos históricos narrados a lo largo de la Biblia, junto con un evidente desconocimiento de la estructura general de las Escrituras. Ninguna de nuestras palabras puede expresar con suficiente fuerza la importancia absoluta de tener la mente y el corazón completamente impregnados del conocimiento de la letra de las Escrituras de principio a fin. Nada en el ámbito del conocimiento bíblico puede sustituir a esto. Es el amplio cimiento sobre el que debe descansar la superestructura de los detalles posteriores; y si este cimiento no es amplio y profundo, la superestructura, por muy alta e intrincada que sea, carecerá de estabilidad.

Ruskin, el gran maestro del inglés y, en muchos sentidos, un hombre extraordinario, declaró que la parte más valiosa de su educación residía en la letra de la Biblia, ya que desde su más tierna infancia se le obligaba a leer varios capítulos cada día, y cuando terminaba el libro, a empezar de nuevo. Teniendo siempre presente lo que dijimos al principio, que un conocimiento espiritual de las Escrituras es absolutamente indispensable; y hablando ahora simplemente de lo que tenemos ante nosotros, los métodos de estudio de la Biblia, deseamos reiterar con énfasis la necesidad y la importancia de esta lectura diaria.

Seamos muy sencillos y explícitos. En todo hogar cristiano debería haber lectura de la palabra de Dios y oración al menos una vez al día. Por muy agitada y ajetreada que sea la vida, que nada prive a la familia de este sencillo y precioso privilegio. Que se elija una hora, por la mañana o por la tarde, en la que la familia pueda reunirse durante unos minutos y leer un capítulo con cuidado y atención, ya sea uno solo o por turnos. El tiempo dedicado de esta manera está bien empleado y contribuirá por sí mismo a mantener frescas en nuestra mente, desde la primera infancia, las grandes verdades y hechos destacados de la preciosa Palabra de Dios. Probablemente sea mejor comenzar con los Evangelios y recorrer el Nuevo Testamento, para luego pasar al Antiguo. Cualquiera puede hacer ciertas selecciones que quizá sean más adecuadas para los miembros más jóvenes de la familia, y ciertas partes podrían dejarse para una lectura más privada; pero, en general, puede decirse que debemos honrar la preciosa Palabra de Dios leyéndola *de principio a fin*. De hecho, son pocas las partes que no resultarán edificantes cuando se lean de esta manera. De hecho, a menudo se descubrirá que las partes menos atractivas ofrecen sugerencias para una conversación provechosa y sirven para despertar y confirmar el interés por todo el libro.

Además de la lectura en familia, hablamos a continuación de la lectura privada de cada uno, de al menos un capítulo al día. Aquí también conviene seguir

el orden sugerido anteriormente y comenzar por el Nuevo Testamento, y una vez terminado este, pasar al Antiguo. Si solo se puede leer un capítulo al día, se habrá recorrido toda la Escritura en el transcurso de tres años; y, de igual modo, dos o tres capítulos al día completarán todo el libro en un tiempo mucho más breve. Una lectura atenta de un capítulo normal no llevará más de diez minutos. Sin duda, incluso la vida más ajetreada puede encontrar o dedicar diez minutos a una tarea como esta.

La regularidad y el sistema son lo más importante aquí. Uno puede estudiar cuidadosamente los deberes y responsabilidades del día y dedicar un tiempo determinado, en la medida de lo posible, a esta lectura. Somos criaturas de hábitos, y una vez que se ha establecido como un hecho que hay que leer uno o dos capítulos diarios, no habrá mucha dificultad en llevar a cabo el plan. Aquí, como en la mayoría de nuestros conflictos espirituales, la victoria se gana en el corazón, cuando se establece plenamente ante Dios el propósito de seguir adelante con Su palabra. Probablemente sea mejor, siempre que sea posible, leer en dos lugares, uno en el Antiguo y otro en el Nuevo Testamento. Así, por la mañana se podría comenzar con Mateo, y por la tarde con Génesis; y cuando se complete cada Testamento, volver de nuevo con renovado entusiasmo al primer capítulo.

En una vida en la que hay cierto tiempo libre, no debería haber la más mínima dificultad en leer las Escrituras completas al menos una vez al año. Media hora al día bastará para lograrlo; y si se lee uno de los capítulos en familia, solo quedarían otros dos para leer en solitario.

Muy similar a la práctica que acabamos de recomendar, y de hecho parte de ella, es la costumbre de leer un libro entero de una sola vez. Por ejemplo, el Evangelio de Marcos se puede leer como si fuera un artículo de una revista, y en un tiempo igual de breve. Se ha dicho que basta con poco más de una hora para ello. Del mismo modo, un poco más de tiempo bastaría para leer cualquiera de los otros Evangelios o los Hechos. De esta manera obtenemos una buena idea general del contenido del libro, del mismo modo que un viaje por una región del país nos permite formarnos una idea bastante correcta de su carácter.

Esta lectura rápida, como podríamos llamarla, también es de gran valor como introducción al estudio de cada una de las epístolas. La leemos de un tirón y luego la abordamos con más detalle. Lo mismo puede decirse del Antiguo Testamento. La vida de Abraham, de José o de David podría leerse de esta manera, dándonos, como veríamos, algo más que los meros hechos: el propósito del Espíritu en su conjunto, en relación con la vida narrada. Así, también, cada uno de los Profetas podría leerse en una o dos sesiones, proporcionándonos los temas principales y el curso general de lo que había en la mente del Espíritu.

Esa «lectura cuantitativa», como podríamos llamarla, no debe practicarse en detrimento del avance regular y constante con el capítulo o los dos capítulos diarios, sino que podría introducirse de vez en cuando como un cambio completo y, como hemos dicho, con fines de estudio introductorio.

Quizá convenga decir algo sobre el tipo de Biblia que se debe utilizar. En esto, hay que tener en cuenta los gustos individuales y las peculiaridades mentales. Algunos tienen una gran memoria visual y localizan un pasaje por su posición en la página. Si se puede hablar en nombre de otros, esta no es una facultad que deba fomentarse especialmente, porque, si en algún momento nos viéramos privados de nuestra Biblia habitual, podríamos encontrarnos bastante desamparados al manejar un libro desconocido. Siempre que sea posible, conviene tener dos Biblias: una para uso externo, como en reuniones o para llevar en el bolsillo, que no sea demasiado grande; y otra para la mesa de casa. Esta última puede ser un libro corriente y barato, en el que no dudemos en hacer marcas. Los versículos favoritos, los pasajes llamativos o difíciles pueden anotarse aquí sin preocuparse demasiado por la pulcritud, mientras que en el libro que conservamos para un uso más permanente, las notas y marcas se insertan con mayor cuidado.

Un destacado conferenciante solía sugerir que se podía usar una Biblia para marcar y llenarla por completo en un año. Probablemente esto sea bastante innecesario, pero no pasarán muchos años antes de que un libro quede tan completamente marcado que no haya espacio para nuevas anotaciones.

No vamos a dedicar mucho tiempo a los detalles aquí, pero unas pocas palabras sobre las marcas en la Biblia quizá no estén de más. Es preferible el bolígrafo y la tinta al lápiz, cuyas marcas se borran fácilmente. Una vez que se han hecho marcas con lápiz en una Biblia, no se pueden borrar bien, por lo que es mejor hacerlas con tinta, que es más permanente. Al leer nuestro capítulo matutino diario, por ejemplo, nos llama la atención la belleza o la pertinencia de alguna frase especial. Esto puede marcarse con una simple línea al margen o, posiblemente, subrayándola en su totalidad. Quizás algunas palabras destacadas puedan subrayarse de manera especial. Por ejemplo, en Génesis 1:1 podríamos trazar una línea recta y negra bajo las primeras cuatro palabras: «En el principio, Dios». ¡Cuántos pensamientos sugiere esta frase! «Antes de que nacieran las montañas, o de que tú hubieras formado la tierra y el mundo, desde la eternidad hasta la eternidad, tú eres Dios». Allí, en el principio, antes de que un átomo del vasto universo de su creación hubiera sido llamado de la nada, Dios era como es, eternamente el mismo. Al lado de estas palabras podría escribirse la referencia a Juan 1:1: «En el principio era el Verbo», lo que nos revela el hecho maravilloso y bendito de que Aquel que se hizo carne y

habitó entre nosotros con humildad, para servirnos en nuestra necesidad e ir a la cruz por nuestros pecados, no era otro que Dios, Aquel que estaba cada día con Él, deleitándose en Él, y cuyos deleites estaban con los hijos de los hombres. Así, podríamos añadir fácilmente la referencia a Prov. 8; y otros pasajes de las Escrituras se sugerirían naturalmente, de modo que en poco tiempo tendríamos un buen número de referencias bíblicas en el margen frente a nuestro primer versículo.

No estamos, como se ha dicho, dando más que unas pocas pistas obvias sobre cómo marcar la Biblia. Cada uno tendrá su propio sistema, pero sugerimos que cada uno aprenda a hacer sus propias referencias o referencias adicionales a pasajes paralelos de las Escrituras que aclaren el texto. Esto ha resultado ser de gran ayuda y provecho.

Al leer nuestro capítulo, a veces nos encontraremos con un versículo oscuro; por ejemplo, Gálatas 3:20: «Ahora bien, un mediador no es mediador de uno solo, pero Dios es uno». Observamos el contexto e intentamos captar el significado, pero no nos queda del todo claro. Podemos consultar ayudas, o si estas faltan, o no resultan del todo satisfactorias, ponemos un simple «?» al lado del versículo o alguna otra marca de interrogación. Probablemente sería bueno para todos nosotros si insertáramos estos signos de interrogación a lo largo de nuestras Biblias siempre que no entendamos completamente el pensamiento. Sería interesante en nuestra próxima lectura fijarnos en cuántos de estos «?» podrían ahora eliminarse. Mientras tanto, nuestra atención se habrá centrado en el hecho de que nos estamos preguntando: «¿Entendemos lo que estamos leyendo?».

A riesgo de repetirnos, añadiremos unas palabras más sobre la necesidad de regularidad y sistematización en la lectura de la Biblia. Que quede establecido ante Dios —por supuesto, no de manera legal, sino en la libertad del verdadero amor— que debemos y vamos a leer nuestras Biblias de forma regular y sistemática. Démosle el primer lugar —si es posible, unos minutos por la mañana cuando la mente está fresca—, y probablemente ayudará a dar tono al sistema mental para todo el día, incluso si nos levantamos unos minutos antes para dedicar de cinco a quince minutos a lo que se convertirá en un deleite cada vez mayor si seguimos con Dios.

Es sorprendente cuánto de lo que leemos en ese momento nos acompañará durante el día. Sin darnos cuenta, daremos vueltas a lo que hemos leído; probablemente encontraremos ocasión de hablar de ello a otros y, de diversas maneras, descubriremos que se está convirtiendo en parte de nuestro bagaje mental y espiritual. No esperemos ver grandes resultados tras la práctica de un solo día o una sola semana, sino sigamos adelante con constancia, sin sobrecargarnos dedicando demasiado tiempo a intentar «recuperar» lo que inevitablemente hemos perdido. Dios no es un Amo

severo y Su servicio es libertad perfecta.

Descubriremos que nos costaría tanto pensar en vernos privados de nuestra comida diaria como en perdernos lo que es mucho más importante... la lectura diaria de la Biblia.

El Libro de Dios

Anónimo

Creemos que la Biblia, tal y como está escrita en los idiomas originales, el hebreo y el griego, es la Palabra misma del único Dios sabio y verdadero. Para Él, un día es como mil años, y mil años como un día. Él ve el fin desde el principio, y no solo el fin, sino cada etapa del camino. Por lo tanto, consideramos que es nada menos que una blasfemia afirmar que hemos llegado a un momento en el que la Biblia no es suficiente, o que nos vemos obligados a salir de sus páginas para encontrar una guía y una instrucción amplias para toda nuestra peregrinación terrenal.

La Biblia es una carta de navegación perfecta en la que se ha previsto cada contingencia del marinero cristiano. Cada roca, cada banco de arena, cada bajío, cada playa, cada isla ha sido cuidadosamente anotada. Todas las necesidades de la Iglesia de Dios, de sus miembros y de sus ministros han sido plenamente cubiertas. ¿Cómo podría ser de otra manera, puesto que la Biblia es la Palabra de Dios? ¿Podría la mente de Dios haber ideado, o Su dedo haber esbozado, una carta de navegación imperfecta? ¡Imposible! O negamos la Divinidad o admitimos la suficiencia del Libro. Estamos absolutamente encerrados en estas alternativas. No hay ni un solo punto entre esas dos posiciones. Si el Libro es incompleto, no puede ser de Dios; si es de Dios, debe ser perfecto. Pero si nos vemos obligados a recurrir a otras fuentes en busca de guía e instrucción, en cuanto al camino de la Iglesia de Dios, sus miembros o sus ministros, entonces la Biblia es incompleta.

¿Qué debemos hacer entonces? Si la Biblia no es una guía divina y, por lo tanto, totalmente suficiente, ¿qué nos queda? Algunos recurrirían a la tradición. Pero una vez que nos adentramos en ese amplio campo, nuestros oídos se ven asaltados por muchos sonidos extraños y contradictorios. Podemos encontrarnos con una tradición que parece auténtica, venerable, digna de respeto y confianza, pero tan pronto como lo hacemos, otra tradición se cruza en nuestro camino, presentando reclamaciones igualmente fuertes sobre nuestra confianza, pero llevándonos en una dirección totalmente opuesta. Así es con la tradición. La mente se siente desconcertada, y uno recuerda la asamblea de Éfeso sobre la que leemos:

«Unos gritaban una cosa y otros otra, pues la asamblea estaba confundida» (Hechos 19:32).

El hecho es que necesitamos una guía y un estándar perfectos, y esto lo tenemos por revelación divina entre las páginas de nuestra preciosa Biblia. Podemos descansar con plena confianza en la declaración divina de 2 Tim. 3:16,17: «Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, completamente equipado para toda buena obra».

¡Cómo debemos bendecir a Dios por esto!
¡Cómo debemos alabar Su Nombre por Su misericordia, ya que no ha dejado a Su Iglesia dependiente de las sombras contradictorias de la tradición humana, sino de la luz constante de la revelación divina!

No queremos que la tradición sirva de apoyo a la Revelación, sino que usamos la Revelación como prueba de la tradición. Lo que la Revelación no aprueba, lo rechazamos.

La Perplejidad de Habacuc, pte 2

Joel Portman

Las condiciones de la época de Habacuc causaron consternación en su corazón. ¡Mucho más severo fue el mensaje que el Señor le dio en respuesta a su clamor! Dios iba a levantar (dar poder) a los caldeos (babilonios) para que ejecutaran el castigo sobre su pueblo (1:5-11). En otras palabras, el Señor utilizaría a una nación más pecadora y violenta para juzgar al pueblo pecador y violento que rodeaba a Habacuc. El comentario de Barnes sobre Hab. 1:5 es: «Los judíos se engalanaban pensando que, al ser el pueblo de Dios, Él no cumpliría Sus amenazas contra ellos. Se habían vuelto como los paganos en maldad; Dios les ordena que busquen entre ellos el instrumento de Su desagrado. Era un agravante de su castigo que Dios, quien una vez los había elegido, ahora eligiera a aquellos a quienes no había elegido, para castigarlos» («Notas sobre la Biblia»). Pero para Habacuc, la idea de que esta nación cruel, violenta y poderosa fuera el instrumento en manos de Dios para castigar a su propio pueblo era más de lo que podía comprender. La historia de las naciones nos muestra que Dios a menudo utiliza a unas naciones para castigar y corregir a otras, no solo en el pasado, sino que sin duda está dentro de su poder y propósito seguir haciéndolo.

Dios tiene todo el derecho, como Juez Justo de toda la tierra (Gén. 18:25), a utilizar cualquier instrumento que desee para cumplir Su propósito. La sucesión de potencias gentiles que Daniel vio en sus visiones lo indica claramente. Moisés advirtió al pueblo

de esto en Deuteronomio 28:49-52. Se registran acontecimientos similares en 2 Reyes 24:2 con respecto al juicio de Dios sobre Judá durante el reinado de Joacim. Jeremías y otros profetas le dijeron al pueblo que esto ocurriría (Jer. 1:15-16, 5:15, 6:22-23). Sin embargo, como era de esperarse, la idea de esto llenó el corazón de Habacuc de gran temor al considerar el terror y los terribles resultados de tal invasión. No se le puede culpar por ello; se trataba de su pueblo y él estaba en medio de ellos. La incertidumbre sobre el futuro en cualquier época, incluida la nuestra, puede causar consternación en cualquier corazón que piense en los efectos temibles del juicio de Dios sobre cualquier pueblo donde uno habite. Así, tras la descripción que hace el Señor de la nación invasora, leemos su expresión de perplejidad personal en 1:12-17.

La perplejidad de Habacuc

La respuesta de Habacuc se basa en una serie de verdades que él conocía acerca de su Dios:

1. La grandeza de Dios en comparación con todos los demás dioses (1:12)
2. Las promesas perdurables de Dios a la nación (1:12)
3. La justicia de Dios en su juicio (1:12)
4. La santidad de Dios en su evaluación de los hombres (1:13)
5. El poder de Dios para vencer a todos los adversarios (1:14-17)

Su respuesta ante este dilema es un ejemplo provechoso para cualquiera que se encuentre en condiciones similares de incertidumbre. El Señor justifica su actitud de confianza exclusiva en Dios asegurándole que «el justo vivirá por su fe» (2:4). Dios siempre responde positivamente cuando su pueblo sumerge sus propios sentimientos, pensamientos y consternación en la confianza inquebrantable en su Dios. Él es un modelo para todos los que se enfrentan a condiciones similares y tienen preocupaciones parecidas. Siempre podemos acudir a Dios y dejar la incertidumbre del resultado en sus manos. Él es capaz, es justo, siempre es confiable y demuestra su suficiencia a su pueblo.

Sin embargo, su conocimiento del carácter de Dios siempre conlleva un recordatorio y una advertencia. Reitera un principio que es siempre cierto: Dios, debido a su justicia y santidad, no puede tolerar el mal, ni puede condonar la injusticia (1:13). En la preocupación de Habacuc, él pensaba en la extrema injusticia de los caldeos en comparación con la de Judá, pero el principio sigue siendo el mismo. Dios estaba trayendo estas condiciones severas sobre ellos debido a su propia maldad e iniquidad, así como también juzgaría a los caldeos. Si el pueblo de Dios viviera consciente del carácter santo de su Dios, sería preservado de los juicios merecidos de su mano. Es

cuando perdemos de vista esto que recibimos la disciplina que merecemos (Heb. 12:5-11). Sin embargo, cuando Dios disciplina y castiga a su pueblo, siempre lo hace con amor, para su bendición final, y no para destruirlo.

Las últimas palabras de Habacuc deben ser también las nuestras: «Me pondré en mi atalaya, me situaré en la torre, y estaré atento para ver qué me dirá y qué responderé cuando sea reprendido» (Hab. 2:1). Esperar pacientemente en Dios y mirar expectantes hacia Él en busca de una respuesta siempre dará como resultado palabras que consolarán, animarán y guiarán, tal como lo hizo el Señor con este creyente. Cuántas veces no logramos permanecer constantes en nuestra disposición a anticipar que Dios hablará de paz a su pueblo (Sal. 85:8). Él es aquel que nunca falla, y desea que nuestra confianza en Él no vacile, independientemente de las circunstancias en las que vivamos.

Cómo leer la Biblia

George Mueller

Dedícate a la lectura —1 Timoteo 4:13.

No solo debemos leer la Palabra de Dios día a día, sino que, al hacerlo, consideremos los siguientes asuntos. Debemos leer la Palabra de Dios con regularidad, recorriendo el Antiguo y el Nuevo Testamento; no solo ciertas partes, sino avanzando regularmente. Debemos marcar el lugar donde lo dejamos la última vez y, luego, continuar desde allí cuando volvamos a ello. Sé que esta es la práctica de muchos, pero, como hay algunos que no lo hacen, repito este punto de gran importancia. Durante muchos años he seguido esta práctica y encuentro continuamente la bendición que conlleva. Una ventaja de este plan es que nunca te cansas de leer las Escrituras. Siempre te resultan frescas y nuevas.

Debemos leer la Palabra de Dios de forma meditativa. Tenemos que recordar que nuestro propio intelecto no puede comprender las Escrituras. Debemos, con verdadera humildad de alma, esperar en Dios, para que Él, por medio de su Espíritu, se complazca en instruirnos. También debemos procurar acompañar esto con la meditación sobre la Palabra de Dios. No basta con leerla de forma superficial, solo para satisfacer nuestra conciencia. En mayor o menor medida, debemos procurar reflexionar sobre lo que leemos.

Debemos leer la Palabra de Dios personalmente. Existe una tentación muy real en la que corren el riesgo de caer los maestros de la Palabra, los

maestros de escuela dominical, los padres u otras personas: la de leer las Escrituras para otros. No quiero decir que Dios no saque bien de tu lectura para otros, pero debemos procurar sacar bien de ella para nosotros mismos. ¿Cómo se aplica esto a mí? ¿Cómo me instruye esto? ¿De qué manera puede mejorarme? De este modo, obtendremos una bendición personal de la Palabra de Dios. Debemos leer la Palabra de Dios de manera práctica. Hay otro punto de la más profunda importancia: que nos propongamos poner en práctica lo que encontramos en las Escrituras. Puede que seamos débiles en nuestros intentos de hacerlo; sin embargo, este debe ser el gran objetivo, el propósito santo y piadoso, de que, por la gracia de Dios, llevemos a cabo en nuestra vida lo que encontramos en el testimonio divino. Si esto falta, por mucho que leamos las Escrituras con cuidado y regularidad, al fin y al cabo perderemos la bendición que buscamos. Aunque a menudo seamos como el árbol en invierno, sin floración visible, pero creciendo hacia abajo; así será con nosotros. Será totalmente imposible que permanezcamos quietos; haremos algún progreso en conocimiento y gracia.

Debemos leer la Palabra de Dios con perseverancia. Vemos en estos días que se publican decenas de miles de impresos, y es el propósito especial de Satanás poner tantos como pueda en nuestras manos para alejarnos de las Escrituras. Pero decidíos más bien a hacerlos pedazos, si os alejan de la Palabra de Dios. No quiero decir que no haya bendición en los escritos humanos; sin duda la hay; y Dios da bendición a través de los escritos humanos. Pero si la pregunta es si debo leer la Palabra de Dios o los escritos humanos, entonces, sin duda, la respuesta debe ser: la Palabra de Dios, pues es la propia voz de Dios hablando directamente a mi alma.

CALEB; Hombre de Dios

«Siguió plenamente al Señor Dios»

(Josué 14:14)

Alan Davidson

La palabra de nuestro Señor resucitado a Pedro fue: «Sígueme» (Juan 21:22). Caleb, en el Antiguo Testamento, era conocido como el hombre «que siguió al Señor por completo». Dios lo dijo (Núm. 14:24); Moisés lo dijo (Núm. 32:12; Deut. 1:36); Josué lo dijo (Josué 14:8-9, 14). Se registra seis veces acerca de Caleb: «Él siguió plenamente al Señor». No lo siguió desde lejos. Lo siguió plenamente, por completo y con fidelidad. Nunca se desvió ni se apartó; nunca se descarrió ni rebajó sus principios; fue siempre sincero

de corazón. Fue uno de los espías enviados a la tierra. Fue valiente y perseverante. Diez espías incrédulos no entraron por su incredulidad y desanimaron a miles de otros a entrar. Josué y Caleb no solo entraron ellos mismos en Canaán, sino que fueron utilizados por Dios para guiar a la siguiente generación hacia su herencia en la Tierra Prometida.

«SUBAMOS DE INMEDIATO» (Núm. 13:30)

A los cuarenta años, Caleb estaba listo para partir. «Y Caleb calmó al pueblo ante Moisés, y dijo: “Subamos de una vez y tomemos posesión de ella, pues somos bien capaces de vencerla”» (Núm. 13:30). Tenían a DIOS. En Cades-barnea, Moisés dijo: «He aquí que el Señor tu Dios ha puesto la tierra delante de ti; sube y tómalas en posesión... no temas ni te desanimes» (Deut. 1:21). Esta era la orden para la posesión inmediata. Trajeron Uvas; racimos grandes, lujosos y en abundancia. David escribió: «Gustad y ved que el Señor es bueno» (Sal. 34:8). La Novia dijo: «Su fruto fue dulce a mi paladar» (Cant. 2:3). «Una tierra buena, tierra de arroyos de agua, de fuentes y manantiales que brotan de valles y colinas; tierra de trigo, y cebada, y viñas, e higueras, y granadas; tierra de olivo y de miel». «Cuando hayas comido y te hayas saciado, bendecirás al Señor tu Dios por la buena tierra que Él te ha dado» (Deuteronomio 8:7-8, 10). Pero los diez espías incrédulos vieron GIGANTES y ciudades amuralladas hasta el cielo. En realidad, los muros de Jericó se derrumbaron. Los rebeldes dijeron que eran como SALTAMONTES ante los hijos de los anaquitas.

La incredulidad magnifica las dificultades. Dios estaba en el cielo, por encima de la muralla. Los habitantes de Canaán sabían que el Señor les había dado la tierra: «El terror que nos causáis ha caído sobre nosotros, y todos los habitantes de la tierra se desmayan a causa de vosotros» (Josué 2:9). Dios, en su gracia, permitió la misión de los espías, al igual que más tarde les concedió a Saúl, el rey que ellos habían elegido para gobernarles. El pueblo dijo: «Enviaremos hombres delante de nosotros» (Dt. 1:22). Dios los había liberado y los había sacado de Egipto con gran poder. Dios prometió que no habría nadie que se les opusiera y les ordenó que no se desviaran ni a la derecha ni a la izquierda. Caleb, por fe, dijo: «Subamos de inmediato» (Núm. 13:30). El pueblo, temeroso, dijo: «Volvamos a Egipto» (Núm. 14:4). **La fe** mide desde Dios hacia las dificultades y no necesita los ojos de la criatura para aprobar lo que Dios ha dado. La incredulidad ve las dificultades, pero no ve a Dios.

La carne siempre necesita apoyarse en la carne, lo que da lugar a la manifestación de la incredulidad que había en su corazón. Pensaban que los amalecitas y los cananeos iban a destruirlos, olvidando que el faraón de Egipto ya había intentado destruirlos. El «mal informe» insultó a Dios, desacreditó la herencia y expresó difamación y calumnia. «Pero

toda la congregación pidió que los apedrearán» (Núm. 14:10). En esto, los fieles fueron como el Señor mismo; Él dijo: «Yo y mi Padre somos uno. Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearlo» (Juan 10:30-31).

Los gigantes no perturbaban a Caleb, ni tampoco los traidores que estaban dispuestos a apedrearlo. Durante cuarenta días, exploraron la tierra, pero la posterior incredulidad de la congregación dio paso a cuarenta años de vagar por el desierto. El desierto no le interesaba a Caleb. Estaba **en** el desierto, pero no **era parte** de él. Caleb siguió al Señor diariamente sin división de corazón; siguió al Señor fielmente sin ninguna duda en su mente; siguió al Señor con alegría sin desviarse ni murmurar. Durante los cuarenta años, se centró por fe en las promesas de la Palabra de Dios, en los propósitos del llamado divino y en la perspectiva de la posesión segura de la herencia del Señor.

La fe ve las montañas, reconoce los obstáculos y no ignora a los gigantes, sino que los mira directamente a los ojos. Caleb no era imprudente, no era insensible a la realidad, sabía que estaba en minoría, pero no se ofendió. La fe mira solo a Dios, se apoya en Dios y trae al Dios vivo. No hay montaña demasiado alta para Caleb, ningún muro era demasiado fuerte, ninguna ciudad demasiado grande, ningún gigante demasiado poderoso. Está de acuerdo con Moisés y Josué al reprender la incredulidad del pueblo (Dt. 1:36, 38). Su fe está en las promesas de su Dios omnipotente. Tras otros cuarenta y cinco años, dice: «El Señor me ha mantenido con vida» (Josué 14:10). Durante los años de prueba del vagar por el desierto, Caleb vivió en la bondad de la Tierra Prometida a través de una fe anticipatoria y apropiadora.

El creyente que sigue al Señor en obediencia a la Palabra de Dios y tiene una santa convicción de la guía del Espíritu Santo en el camino de la voluntad de Dios, es inmortal hasta el final del viaje. En la vida espiritual, no debería haber brecha generacional. Pablo era consciente de esa gracia abundante cuando escribió: «Aunque nuestro hombre exterior se vaya desgastando, nuestro hombre interior se renueva día a día» (2 Cor. 4:16). La fuerza física y la resistencia del cuerpo pueden fallarnos con el paso de los años, pero con el poder del Espíritu de Dios que mora en nosotros, debemos esforzarnos siempre por acercarnos lo más posible a la plenitud que tenemos en Cristo.

«DAME ESTA MONTAÑA» (Josué 14:12)

Caleb era un hombre de alturas, de terrenos elevados, que ponía su afecto en las cosas de arriba. La herencia le pertenecía a Caleb por promesa divina, pero no se le concedió realmente hasta que dio un paso al frente y la solicitó. En las Escrituras se nos dan promesas

grandes y preciosas, pero solo se disfrutaban en una vida espiritual de fe. Pablo escribió: «para alcanzar (aprovechar) aquello para lo cual también fui alcanzado por Cristo Jesús» (Fil. 3:12). Tenemos «las arras de nuestra herencia» (Ef. 1:14). Sin embargo, se nos exhorta: «Revestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis resistir las asechanzas del diablo. Porque no luchamos contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6:11-12).

Los creyentes de Colosas se enfrentaron a los gigantes de: «la filosofía y el engaño van, según la tradición de los hombres, según los rudimentos (elementos) del mundo, y no según Cristo» (Col. 2:8). Tito trajo un buen informe de Corinto (2 Cor. 7:6). Un mal informe desanimará a otros a entrar para disfrutar de los privilegios espirituales de nuestra herencia en Cristo. ¿Nos conformamos con vivir a un nivel bajo, semimundano; tomárnoslo con calma y criticar a nuestros hermanos que están dispuestos a servir? Esto derivará en negligencia en las reuniones, desobediencia a la Palabra de Dios y una condición espiritual malsana. Quizás estas palabras las esté leyendo un creyente que se siente desanimado, abatido en medio de pruebas y dificultades, y con ganas de rendirse debido a su falta de progreso espiritual. ¿Necesitas un empujón?

«Sigo adelante por el camino ascendente,
cada día alcanzo nuevas alturas;
Sigo orando mientras sigo adelante,
“Señor, pon mis pies en terreno más alto”.
Señor, levántame y déjame estar de pie,
por la fe, en la meseta del cielo;
Un plano más alto del que he encontrado,
«Señor, pon mis pies en un terreno más
elevado».

Johnson Oatman Jr. (1856-1926)

«Allí estaban los anaquitas, y las ciudades eran grandes y fortificadas; pero si el Señor está conmigo, yo podré expulsarlos» (Josué 14:12). Las palabras de Caleb son una reprimenda contra el desánimo en el servicio de Dios. Podría haber dicho: «Soy demasiado viejo; se me ha negado la oportunidad de alcanzar las cotas de mi juventud». Moisés, el hombre de Dios, ya ha muerto. El propio Moisés tuvo que esperar cuarenta años antes de sacar al pueblo de Egipto. El momento oportuno se había hecho esperar mucho tiempo. Caleb no dijo: «Para mí, la herencia apenas merece la pena». Su fe no ha disminuido, su celo es tan ardiente como siempre, él «siguió al Señor de todo corazón»; nada menos que lo mejor de Dios, la longitud, la anchura y la altura, satisfarán al veterano que conocía a Dios.

«Así que Hebrón fue la herencia de Caleb... porque siguió por completo al Señor, Dios de Israel... Y la tierra tuvo descanso de la guerra» (Josué 14:14-15). Romanos 14:19 dice: «Seguid lo que contribuye a la

paz». Se nos exhorta a: «Seguid la caridad y desead los dones espirituales» (1 Corintios 14:1). «Persigue lo que es bueno» (1 Tes. 5:15). El hombre de Dios debe: «Persigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre» (1 Tim. 6:11). Hebreos 11 habla de aquellos que, por la fe, «se hicieron valientes en la lucha (poderosos en la guerra)» (v. 34): «Sigán su fe, considerando el fin de su vida» (Heb. 13:7). La fe se reserva el derecho de seguir adelante directamente tras el Señor.

«Hebrón» significa «comunidad». Si seguimos al Señor, seremos conducidos a la comunión de la asamblea del Nuevo Testamento reunida en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo. «Perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones» (Hechos 2:42). Hebrón fue el lugar elegido; Abraham habitó allí cuando Lot eligió la llanura bien regada (Génesis 13:18). Al igual que la asamblea, era el lugar del altar y de las promesas. Era el lugar de la muerte; Sara murió y fue enterrada allí. Abraham, Isaac, Jacob y los patriarcas fueron enterrados allí. En Hebrón, la Cueva de Macpela significa «dos puertas», una entrada y una salida. El primer día de la semana nos reunimos para recordar la muerte del Señor, pero nos regocijamos en su resurrección.

Al igual que Hebrón, la asamblea es el lugar de la fe, sin nada que atraiga a la carne; el lugar de la comisión; desde Hebrón, José fue enviado a buscar a sus hermanos. Se convirtió en una ciudad de refugio y una ciudad de los levitas, así como la asamblea debe ser un lugar de refugio y servicio. Era un lugar de autoridad y liderazgo donde David fue ungido rey de Judá (2 Sam. 2:1-4) y rey sobre todo Israel (2 Sam. 5:3). Para Caleb, fue el lugar de la herencia, el lugar de descanso del guerrero peregrino (Jos. 15:13). Fue el centro de la promesa: «Su descendencia la poseerá» (Núm. 14:24). A su hija le dio «los manantiales superiores y los manantiales inferiores» (Jos. 15:19).

En la Palabra de Dios, encontramos manantiales de refresco espiritual y ánimo para seguir al Señor (Juan 21:22). Cuando el Señor estaba a punto de ascender, le dijo dos veces a Pedro: «Sígueme» (Juan 21:19). Pedro, al verlo (a Juan), le dijo a Jesús: «Señor, ¿y qué hará este hombre? Jesús le dijo: “Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa a ti? Sígueme”» (Juan 21:21-22). Pedro repitió la exhortación en su epístola: «Porque para esto fuisteis llamados, ya que también Cristo padeció por nosotros (sus sufrimientos expiatorios – 1 Pedro 2:24), dejándonos un ejemplo (sus sufrimientos ejemplares), para que sigáis sus pasos» (1 Pedro 2:21).